

que tiene recordarlo.

Felipe García Quintero
Universidad del Cauca, Colombia

CALVERT CASEY,
El regreso y otros
relatos,
Buenos Aires, Final
Abierto, 2016, 238 p.

Pocos escritores llevan impreso en su nombre las contradicciones de una identidad desplazada. Calvert Casey (Baltimore 1924- Roma 1969) acentúa como ninguno su excentricidad biográfica en una escritura que no es menos polifónica. La dualidad de su origen cubano-americano se reproduce en las geografías que lo atraviesan: por un lado, la herencia paterna manifiesta en el inglés, lengua que elige para escribir sus primeros relatos que publica en New York y que usa en su trabajo como traductor en Naciones Unidas; por otro, la línea materna que lo inscribe en La Habana, en el entorno mágico de una isla que se le resiste pero a la cual siempre regresa.

Como el protagonista de su relato “El regreso”, Casey también vuelve a Cuba dispuesto a recuperar la tierra de la nostalgia que acompañó sus años de juventud y a ocupar un lugar significativo dentro de la cultura como parte integrante de esa gran nación auspiciada por el discurso revolucionario. Allí trabajó de quincallero, vendiendo baratijas, hasta que

encontró un lugar de pertenencia en *Lunes de revolución* junto a Virgilio Piñera y más tarde en *Casa de las Américas* junto a Antón Arrufat. Su labor como crítico y su aporte a la cultura revolucionaria es también singular. Cabrera Infante recuerda que Casey salvó muchas veces el prestigio de *Lunes* con sus traducciones de autores norteamericanos y con agudas notas en las que introducía los avances de las vanguardias, las rupturas de grandes escritores como Kafka, Miller o D. H. Lawrence y abordaba temas nacionales controvertidos como la construcción del héroe y el suicidio de Martí.

En sus ficciones, la exploración de la identidad, la inquietud por la muerte, las tradiciones míticas de la isla (que incluyen el espiritismo y la veneración de las costumbres) se plasman en una escritura sobria, despojada y contundente. Con ella, Casey se anima a casi todo, a desorientar las tradiciones sexuales, a desenterrar a los muertos, a denunciar las contradicciones de la revolución y a cambiar otra vez de lengua para sumergirse finalmente en el cuerpo de su amante. Parte de una “vanguardia peregrina” que, en términos de Rafael Rojas, define la encrucijada política de la literatura cubana del exilio, Casey vuelve a la lengua inglesa y a Roma donde se quita la vida antes de dar a conocer las primeras páginas de una

novela extremadamente excéntrica, *Piazza Morgana* (1969)

En el prólogo a esta edición de *El regreso y otros relatos* (2016) Antón Arrufat define el estilo de Casey como “punzante, opresivo y sutil” y acertadamente analiza el sentido de *El regreso* como un intento de “conjurar el destierro”. Partiendo de ese cuento en el que “los actos fallidos” del inconsciente revelan una realidad compleja y contradictoria, señala el germen del tema que unifica el libro: la relación entre la vida y la muerte, entre la acción de un sujeto que quiere incidir sobre la realidad y se esfuerza por integrarse a una comunidad que le abre sus puertas auspiciosamente y una muerte absurda que lo atrapa por error en los calores del trópico. Pero la muerte no es, en el libro, únicamente violencia o persecución. También es el mundo de los espíritus convocados a la reunión familiar de “Los visitantes”, los miles de muertos que se pudren en las masacres históricas de “En San Isidro”, los encuentros edípicos en el cementerio de “En el potosí”, o las figuras de la memoria que habitan las capas de un café popular en “Mi tía Leocadia, el amor y el Paleolítico inferior”. Es también la pequeña muerte vinculada a la sexualidad que asoma como espacio de simulación en “El paseo”, la historia de iniciación de un adolescente habanero que

descubre, no sin sorpresas, la fuerza de las apariencias y de las tradiciones o la persistencia de un amor en la intemperie de un parque de diversiones en “El amorcito”.

En esta nueva edición argentina de sus cuentos, Final Abierto presenta su libro *El regreso* publicado originalmente por Ediciones R en 1963, con otros relatos que acompañaron la edición italiana y española de 1966 y 1967 y la edición de su nouvelle *Notas de un simulador* (1969). El trabajo editorial es impecable porque se recuperan los grabados originales de Antonia Eiriz que ilustraban la edición original y se incorporan dos capítulos ausentes en el cuento “La ejecución”. Las dos partes recuperadas fueron originalmente publicadas en la revista *Unión* (1964) y proponen dos nuevos sentidos para la interpretación del relato. Por un lado, lo reinscriben en el orden de una sexualidad liberada de las ataduras convencionales a través de la relectura de “El cantar de los cantares”, por otro, instalan una crítica política que anticipa la resistencia al viraje de una revolución que altera sus principios después del caso Padilla.

Además de esta restitución que ilumina lecturas, la edición incluye un estudio preliminar de Yamila Medina Ríos que ubica la estética de Casey en la intersección de tres factores fundamentales: la intención de ruptura, la entrega al

deseo y el instinto de muerte que se desvía del trascendentalismo cristiano para enrolarse en la eternidad de la escritura. Así Casey aparece descrito entre “el ansia de trascender los moldes de todo lo estatuido [...] y la perenne tensión entre la pulsión de goce [...] y la pulsión destructiva [...] engarzada a una ambición de inmortalidad que apela con frecuencia a lo intertextual” (22).

Despojado del sentido de pertenencia Casey pudo experimentar, sin ataduras, las formas de la vanguardia que no cabían dentro de una Revolución. Sus relatos abundan en el deseo pero no desbordan en los cuerpos lamidos de Piñera sino que se vuelven orgánicos dentro de una escritura que cree todavía en la trascendencia. Por el camino de Kafka, prefiere la ingenuidad del extranjero que todo lo ve por primera vez y el desasosiego del exiliado que deambula entre las multitudes anonadado por esa cualidad de “saber estar” que a él se le escapa.

La hibridez es una marca que Casey adquiere no solo por naturaleza sino por una tradición cultural que atesora con voracidad. Ítalo Calvino lo destaca cuando se refiere a un “Baudelaire en el trópico” o como alguna vez lo definiera Severo Sarduy, “Gombrowicz a través de Piñera”. En ambas versiones,

Casey parece acontecer en el cruce de un modernismo que convoca los cuerpos del deseo de un modo singular. Con *El regreso y otros relatos* (2016) ese cruce parece haber encontrado un nuevo territorio.

Carina González
UNSAM –CONICET, Argentina

SANDRA ARAYA,
El lobo,
Quito, Campaña Nacional
por el Libro y la Lectura
Eugenio Espejo, 2016,
130 p.

Sandra Araya ha venido a situarse en la que podríamos llamar la “generación del 2010”. Un grupo de jóvenes escritoras y escritores ecuatorianos brillantes cuyos rasgos comunes los diferencian bien de las emblemáticas generaciones precedentes: la del Treinta, que hizo una literatura social con un sujeto claro: el Ecuador rural, feudal, con víctimas elocuentes (los campesinos indios y montubios y el naciente subproletariado urbano).

La generación del Setenta, que erigió la ciudad como personaje y escenario, el símbolo principal de un nuevo país urbano y capitalista. Y, para abreviar, luego de la nutrida narrativa comprendida entre los ochenta y comienzos del siglo XXI, de muy variada temática, este nuevo grupo de escritores muy jóvenes cuyos rasgos comunes, dicho también de modo muy sintético, muestran la clara preparación académica que les ha suministrado, de entrada, conocimiento y dominio de múltiples estrategias narrativas; escenarios internacionales, propios de la globalización actual,